

LAURA M. LEMING. Catedrática de Sociología de la Universidad St. Mary de Texas



El palpable ‘efecto Francisco’

Es un orgullo para mí poder decir que, en cada acto público de la visita del Papa a Estados Unidos, han estado presentes laicos y/o religiosos marianistas. Es más, **John Boehner**, el presidente del Congreso que le recibió, se graduó en una escuela marianista.

Millones de personas vieron a **Francisco** en vivo. Nosotros estábamos pegados a los televisores y ordenadores para ver al minuto todos los actos y no despegamos la vista de ellos durante su histórico discurso en el Capitolio.

Francisco empatiza con esta sociedad dado que también él es americano e hijo de inmigrantes. Y es que la mayoría de los ciudadanos estadounidenses

proceden de familias migrantes. El Papa nombró durante su discurso a cuatro grandes personajes de la historia de nuestro país. Dos de ellos son personas que cualquier oyente reconoce, como el presidente **Abraham Lincoln** y el reverendo **Martin Luther King**. Los otros dos, importantes católicos del siglo XX, como **Dorothy Day** (una de los fundadores del Movimiento de Trabajadores Católicos) y el monje trapense **Thomas Merton**.

El ejemplo de estos cuatro compatriotas le sirvió al Pontífice para alentar a los congresistas y al pueblo estadounidense a trabajar por la justicia y la paz, especialmente en favor de los más desfavorecidos. Y nos invitó a todos a seguir la “regla de oro”: tratar a los demás con el mismo respeto y cuidado con el que queremos ser tratados. Sus palabras fueron recibidas con una calurosa ovación de un Congreso puesto en pie, pese a las profundas

divisiones que existen entre los congresistas. Esperamos, pues, que tomen conciencia en sus futuras deliberaciones de las palabras del Papa en tantos asuntos que también preocupan profundamente a la Familia Marianista, como son la abolición de la pena de muerte, la acogida de inmigrantes o el apoyo a la familia.

Jorge Mario Bergoglio señaló su deber especial de “construir puentes” y animó a los congresistas a hacer lo propio. En esa misma línea, una de las palabras más repetidas durante su estancia en Estados Unidos fue “diálogo”. Un diálogo para la colaboración y el bien común que nosotros, como marianistas, tomamos

¡Ojalá los congresistas tomen conciencia de las palabras del Papa!

como una invitación especial y un reto, puesto que nuestros fundadores también hablaban de cruzar fronteras para llevar el Evangelio de **Jesús** allá donde vayamos.

Con el espíritu de comunidad que nos caracteriza, laicos y religiosos hemos

compartido nuestras impresiones sobre la visita papal. Y de ella destacamos dos puntos principales. En primer lugar, podemos ser una comunidad más atractiva por la forma en que tratamos e invitamos a los alejados. En segundo lugar, podemos compartir el don de nuestra relación con **María**, cómo experimentamos la misericordia y el perdón y lo extendemos al prójimo.

Recuerdo que un marianista señaló que este viaje ha significado un momento de gloria para los católicos estadounidenses, pero ahora, después de recibir la luz de Francisco, hay que volver a nuestro día a día, a nuestra misión, marcada por la alegría y la esperanza.

Jesús Sánchez Camacho



Analogía entre el Concilio y el Sínodo

Desde finales de septiembre de 1965, *Vida Nueva* venía informando de lo que sucedía en la IV sesión del Concilio. Iniciada el 14 de septiembre, a ella asistirían, sin derecho a intervenir, teólogos peritos centroeuropeos que venían apostando por una renovación eclesial. Pese al silencio de los teólogos en el Concilio, una nota de prensa del nº 490 anunciaba que “las intervenciones que leen los obispos son preparadas por los peritos, y en no pocos casos, los padres conciliares se limitan a leer ante la asamblea”.

Se etiquetaba de teólogos de frontera a **Yves Congar**, **Jean Daniélou**, **Bernhard Häring**, **Karl Rahner**, **Joseph Ratzinger**, **Hans Küng** y **Edward Schillebeeckx**. Pero ellos no se quedaron en la frontera. Una vez más, habían franqueado Roma. *VN* advierte de que, “en una especie de Sub-Concilio”, los teólogos se reunían en salas de conferencias como la *Domus Mariae*, o incluso en el *hall* de algunos hoteles, para debatir sus ideas con los padres conciliares. Ante los ataques de los sectores más inmovilistas, algunos de los obispos centroeuropeos como el cardenal **Bernard Alfrink**, perteneciente al episcopado holandés, se defendían de quienes acusaban a su Iglesia local de ser antirromanos. Lejos de declararse en estado de crisis, él calificaba de fidelidad la sinceridad de su Iglesia, valorando su vitalidad.

Como en el *Subconcilio*, en el *Subsínodo* soplan vientos que agitan un mar de impedimentos en contra de las propuestas, esta vez, sobre el divorcio, la homosexualidad y los métodos anticonceptivos. Pero los aperturistas también se reúnen para arreglar sus mástiles, para no verse obligados a plegar las velas de la renovación. En unos días, sabremos si tirios o troyanos ganarán; o se concluirá con una solución tibia que aparentemente haga felices a todos. ¿Está la Iglesia europea preparada para quedarse inmóvil? Pero, ¿todas las sociedades están entrenadas para afrontar esta evolución? No solo el cardenal alemán **Reinhard Marx**, también el Papa ha abogado por la descentralización. Quizá no sea el Sínodo, sino las Iglesias locales, aquellas que tendrían que encargarse de abrir las puertas de la renovación.